

Borges y la historia literaria (cómo pudo fundarse la literatura argentina)



Sergio Pastormerlo

Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de La Plata
spastormerlo@gmail.com

Resumen

En “El tamaño de mi esperanza” (1926) Borges realizó un rápido balance de lo que habían hecho hasta entonces los argentinos en materia de literatura. El resultado era tan pobre que Borges podía creer que prácticamente todo estaba por hacerse. Una “esencial pobreza” bien podía ser una oportunidad y una esperanza. Antes de que la generación de Borges se iniciara, sin embargo, tres generaciones ya se habían definido a sí mismas con esa significativa etiqueta formada por tres palabras: “nueva generación literaria”. Recordar esa breve historia previa a la “revolución martinfierrista” puede ayudarnos a comprender, *on this side idolatry*, la engañosa épica fundacional de las rupturas vanguardistas.

Palabras clave: Jorge Luis Borges, Historia de la literatura argentina, iniciación, vanguardismo, nueva generación.

Abstract

In “El tamaño de mi esperanza” (1926) Borges made a quick assessment of what Argentines had done until then in terms of literature. The result was so poor that Borges could believe that practically everything was yet to be done. An “essential poverty” could well be an opportunity and a hope. Before Borges’ generation began, however, three generations had already defined themselves with that meaningful label formed by three words: “new literary generation”. Remembering that brief history prior to the “revolución martinfierrista” can help us understand, *on this side idolatry*, the deceptive foundational epic of the avant-garde ruptures.

Keywords: Jorge Luis Borges, History of Argentine literature, initiation, avant-garde, new generation.

Lo que traje para compartir con ustedes son algunas reflexiones y perplejidades sobre la iniciación literaria de Borges. Voy a hablar de la década de 1920 porque fue durante esa década, durante toda esa década, que se produjo su iniciación. Se trata entonces de poner a Borges, al primer Borges, en ese momento inicial de la historia de la literatura argentina. Esto supone llevarlo desde su lugar de consagración

internacional a un escenario más modesto, temprano y local. Fue Borges quien eligió iniciarse en Buenos Aires. Tras su segunda visita a España entre 1923 y 1924, adonde llevó su primer libro, *Fervor de Buenos Aires*, Borges volvió para quedarse. Y durante casi cuarenta años, hasta 1961, no salió del Río de la Plata.

Iniciación es la palabra clave. Estamos hablando de tres iniciaciones. Borges se inició en una literatura que se estaba iniciando, una literatura marginal, con una historia muy breve. Y se inició cuando se iniciaba una nueva generación literaria, la generación vanguardista de la década de 1920. No somos nosotros los que la llamamos *nueva generación literaria*. Fueron los propios jóvenes escritores de los 1920s los que se definieron así. Y esto ya nos lleva a hacerle una primera pregunta a la historia literaria. ¿Desde cuándo hubo generaciones que se designaron a sí mismas con esas tres palabras?

Creo que la historia responde que la primera autodenominada nueva generación literaria estuvo formada por jóvenes que nacieron alrededor de 1860 y se iniciaron por 1880, entre fines de los 1870s y primeros años de los 1880s. Es un momento más bien olvidado, porque algo después esos jóvenes se dispersaron y, por otra parte, no dejaron obras especialmente memorables. Podríamos decir que esos jóvenes fueron los más jóvenes de la llamada “generación de 1880”, salvo que la generación de 1880 nunca existió y fue una etiqueta inventada después. Podríamos llamarla la generación de Benigno Lugones (1857-1884), aquel joven periodista malogrado, para recordar el vínculo entre esa generación y el diarismo. El memorialista fue Martín García Mérou (1862-1905).

Hubo luego una segunda nueva generación literaria, que conocemos mejor: la generación del modernismo, la de Rubén Darío. Recordemos que Darío vivió en Buenos Aires entre 1893 y 1898, un período clave en su trayectoria. Podríamos también llamarla la generación de Leopoldo Lugones (1874-1938). El principal memorialista fue quizá Manuel Ugarte (1875-1951), con *Escritores iberoamericanos de 1900*. Ugarte hablaba allí de una generación hispanoamericana y la definía como una generación “malograda” y “vencida” que, por no haber hallado un ambiente literario en sus patrias, había debido irse a París y a Madrid. Primero a París y luego a Madrid.

Y hubo luego una tercera nueva generación literaria, de jóvenes nacidos a comienzos de los 1880s y que se iniciaron en los primeros años del 900. Es la generación de Ricardo Rojas (1882-1957). Fue una generación fundacional, que se imaginó heroica porque creía estar descubriendo el espíritu nacional; nosotros podríamos admitir que fue heroica porque estableció todas las instituciones e inventó la vida literaria cuando aún no existían las condiciones para hacerlo. Rojas bien puede ser pensado como la figura mayor de esa fundación de una literatura nacional. Ocupó la primera cátedra universitaria de literatura argentina y fue el autor de la primera Historia, para mencionar las dos instancias inaugurales más recordadas. El principal memorialista fue Manuel Gálvez (1882-1962).

De modo que la generación de Borges, la generación del martinfierrismo y del boe-dismo, fue la cuarta nueva generación literaria. Por cierto, no estamos hablando de generaciones biológicas. Entre la tercera y la cuarta generación pasaron dos décadas, mientras que las iniciaciones de las tres primeras habían estado separadas por unos diez años. En cada generación hubo mayorcitos y jovencitos, pero también iniciaciones precoces y tardías. Para la generación de Rojas, especialmente para Gálvez, que tuvo una iniciación significativamente lenta, Lugones o incluso Ingenieros ya pertenecían a otra generación. La misma distancia cronológica separaba a Lugones de Darío, y no obstante Lugones y Darío podían imaginarse parte de una misma sensibilidad, compartida por unos pocos raros.

Tenemos así una literatura argentina que empezó por ser un proyecto soñado tempranamente en la primera mitad del siglo XIX, ese “destello de literatura nacional” que vislumbró Sarmiento en el *Facundo* (2018, 65). Este proyecto romántico, sin embargo, no llegaría a realizarse sino mucho después, entre la generación de Rojas y la generación de Borges. En los años de su propia iniciación, Borges podía creer que la literatura argentina (la poesía de Buenos Aires) aún debía ser fundada. Era todavía un proyecto, una promesa, una *esperanza*. Ese fue el tema de “El tamaño de mi esperanza” (1926).

Borges pudo preguntarse allí “¿Qué hemos hecho los argentinos?” y concluir, después de un rápido balance: “El lector estará de acuerdo conmigo si afirmo la esencial pobreza de nuestro hacer” (2005, 15). Borges salvaba unos pocos nombres: Hernández y Sarmiento; Lucio Victorio Mansilla, Estanislao del Campo y Eduardo Wilde. De los veinticinco años ya transcurridos del siglo XX rescataba otros tres: Evaristo Carriego, Macedonio Fernández y Ricardo Güiraldes. Rescataba también el tango. Y negaba cuatro nombres: “Otros nombres dice la fama, pero yo no lo creo: Groussac, Lugones, Ingenieros, Enrique Banchs” (Borges, 2005, 15).

Lo más notable es que la historia literaria comenzaría muy pronto a darle la razón a Borges: en poco tiempo llegaría a afirmarse la creencia de que la literatura argentina se había iniciado, efectivamente, en la década de 1920. Se había producido allí una revolución, la revolución martinfierrista. Hay un episodio menor pero interesante que tuvo lugar a mediados de la década de 1930, cuando Borges escribió una nota titulada “Las ‘nuevas generaciones’ literarias”. En aquel momento, por 1936, una revista de jóvenes escritores había publicado un homenaje a la generación de Borges. Y Borges respondió a principios de 1937 con un desplante:

Leo en las respetuosas páginas de una revista joven (porque los jóvenes, ahora, son respetuosos y optan por los prestigios de la urbanidad, no por los del martirio): “La nueva generación, o heroica, como también se la llama, cumplió plenamente su cometido: arrasó con la Bastilla de los prejuicios literarios, imponiendo a la consideración de achacosos simbolistas nuevas ideas estéticas...”. Esa generación impositiva, arrasadora y cumplidora es la mía [...]. No sé qué opinarán de ese ascenso mis compañeros de apoteosis; de mí puedo jurar que la gratitud no excluye el estupor, la zozobra, el leve remordimiento y la suma incomodidad (Borges, 1986, 97).

El episodio es significativo porque lleva a pensar que la generación de Borges no solo arrasó con los “achacosos simbolistas” del pasado sino también con los jóvenes que los siguieron. Y en este punto parece imposible no recordar que todavía la revista *Contorno* de los hermanos Viñas, en 1953, se iniciaría con un primer artículo en su primer número titulado “Los ‘martinfierristas’: su tiempo y el nuestro”.

Hay otra diferencia entre las tres primeras nuevas generaciones literarias y la generación vanguardista de los 1920s. Las tres primeras no prescindieron del relato de la bohemia. Por el contrario, usaron y abusaron de ese relato parisino que desde mediados del siglo viajó por el mundo, que en los 1850s llegó a Nueva York, en los 1860s a Madrid y en los 1870s, finalmente, al Río de la Plata. En la década de 1920, este relato tan presente en las anteriores generaciones perdió de pronto toda su importancia. El aprendizaje de cómo ser un escritor ya se había cumplido en Buenos Aires.

El proyecto de una literatura nacional requería de una biblioteca, un canon no demasiado exiguo compuesto de obras que pudieran ser llamadas, sin comillas, literarias. Pero eso no era todo. Era preciso además que algunos jóvenes comenzaran a probarse el nuevo traje social del escritor artista y ensayaran una sociabilidad apartada de las convenciones mundanas. El retrato de la figura del bohemio y el relato de la vida de bohemia, que llegaron a Buenos Aires con las lecturas de Murger y Champfleury, fueron introduciendo penosamente esas condiciones también necesarias. *Bohemio* y *romántico* eran palabras más o menos equivalentes.

Vuelvo otra vez a Sarmiento. Inmediatamente después de publicar el *Facundo* Sarmiento viaja a Europa. Va a París con ambiciones balzacianas, como decía David Viñas. Lleva el *Facundo* y espera decirles a los intelectuales europeos *Anchio sono pittore!* Hay una página muy recordada en la que Sarmiento ve por primera vez desde la cubierta del barco las costas de Francia y confiesa sus temores de dejar traslucir la falta de maneras del provinciano:

Las costas de Francia se diseñaron al fin en el lejano horizonte. Saludábanlas todos con alborozo, las saludaba también yo, sintiéndome apocado y medroso con la idea de presentarme luego en el seno de la sociedad europea, falto de trato y de maneras, cuidadoso de no dejar traslucir la *gaucherie* del provinciano, que tantas bromas alimenta en París (1886, 101-102).

Sarmiento adelanta aquí una escena que mucho más tarde, a partir de 1880, se va a repetir una y otra vez. Doy un solo ejemplo. El que habla es Manuel Ugarte en sus memorias, con su inclinación al patetismo, y se refiere a la llegada de su generación a París:

Nosotros no éramos nada. Peor que nada. Nosotros éramos anónimos “rastas”. (La palabra “*métèque*” no había nacido aún). Lo éramos ante nosotros mismos porque nos hallábamos despistados y cohibidos en el ambiente nuevo, con la impresión confusa de que merecíamos más de lo que ese ambiente nos otorgaba. Y lo éramos a los ojos de los demás, porque, sin advertirlo, hablábamos fuerte, exagerábamos las propinas, empujábamos a los transeúntes, reíamos a destiempo, cuidábamos demasiado el traje; porque carecíamos, en los gestos, en los pensamientos y en las palabras, de medida (Ugarte, 2014, 172).

Se podría reunir una divertida colección de las desventuras que en París vivieron los jóvenes hispanoamericanos que entre 1880 y 1920 aspiraban a convertirse en escritores. Y también una colección local, con desventuras vividas en nuestra Buenos Aires. En las extraordinarias memorias de Manuel Gálvez ya tenemos una gran colección. Borges, que inventaría tantos personajes de artistas y escritores como Carlos Argentino Daneri, fue desde sus inicios un coleccionista de estos materiales irrisorios de la vida literaria, contemplada por primera vez como comedia. Para estimar la distancia entre la generación de Borges y la generación inmediatamente anterior bastaría confrontar las figuras de Gálvez y Borges, esas dos maneras tan diferentes de ser escritores.

Entre Gálvez y Borges parece no haber ningún tipo de relación, ni siquiera de antagonismo. Gálvez tuvo una iniciación literaria notoriamente tardía e insegura, mientras que el primer Borges fue un joven precoz que, como Arlt y demás compañeros de generación, ya poseía una relación de familiaridad despreocupada con la literatura.

Más allá de alguna mención al pasar,¹ Borges siempre evitó ocuparse de Gálvez. Pero hacia fines de 1932, cuando Gálvez recibió el segundo Premio Nacional y se postuló al Premio Nobel, Borges respondió una encuesta del diario *Crítica* y publicó allí otro breve texto, quizá también por encargo (“Infinita perplejidad”). El humor agresivo de Borges pocas veces fue tan violento. Dijo que el “asunto Gálvez” era “espléndidamente abyecto” e “inaccesiblemente sórdido” (Borges, 2001, 340). Borges simplemente no creía que Gálvez fuera un escritor. Cuando miraba el pasado de la recién fundada literatura argentina, miraba más allá de la generación de Rojas y de Gálvez. Veía a los modernistas, a los que llamaba *rubenistas*, a *nuestros mayores*, Eduardo Wilde, Eduardo Gutiérrez y otros clásicos de los 1880s, que escribían como hablaban, y más atrás a los periodistas Sarmiento, Hernández y, en algún momento, Mansilla.

La generación de Borges fue diferente a las tres primeras nuevas generaciones. A esa evidente diferencia Borges agregó otra, que ya estaba en el vanguardismo europeo de fines del XIX y principios del XX. El nacionalismo del primer Borges la llamaba *incredulidad*. En el prólogo de *El tamaño de mi esperanza* la imaginó criolla pero también apasionada:

Nuestra famosa incredulidad no me desanima. El descreimiento, si es intensivo, también es fe y puede ser manantial de obras. Díganlo Luciano y Swift y Lorenzo Sterne y Jorge Bernardo Shaw. Una incredulidad grandiosa, vehemente, puede ser nuestra hazaña (Borges, 2005, 17).

El Borges que se inició en la década de 1920 era un Borges que desde el principio había perdido las ilusiones, para decirlo con el título de la novela de Balzac. En *Ilusiones perdidas* Balzac había contado la historia de dos amigos: el inventor, un impresor que buscaba una pasta de papel barata, porque presentía la revolución de los periódicos, y el poeta, un provinciano que viajaba dispuesto a conquistar París, como Sarmiento, con un libro de poemas titulado *Las Margaritas*. La primera desilusión de este joven poeta era descubrir que en París había un problema con la poesía: no se vendía.

Borges, en cambio, comenzó por perder las ilusiones. Como su generación, abandonó el diccionario religioso del romanticismo para hablar sobre la literatura, pero además invirtió ese diccionario. Era toda una diferencia respecto de Rojas, Gálvez o Giusti, o incluso respecto de Rubén Darío. Darío publicó *Los Raros* (1896) con ilusiones que después, en un momento más otoñal (1905), reconocía perdidas. La iniciación de Borges fue diferente. Durante toda la década de 1920 dijo *descreer* de la literatura. Era un descreimiento vanguardista, era parte de la ruptura vanguardista. Pero Borges tampoco creía en las vanguardias. Durante esa década de 1920 escribió textos vanguardistas y textos contra el vanguardismo. Decía en 1927, por ejemplo, contra los dadaístas:

Hay quien descrea del arte —Quevedo, barrunto, fue uno de sus mayores incrédulos— y quien aparenta negarlo y sin embargo firma libros y corrige pruebas y reivindica para sí una prioridad, como los dadaístas (Borges, 2002, 116).

¹ Lo nombró al final de su reseña a *Las ratas* de José Bianco (1944): “Obras como estas de José Bianco, premeditada, interesante, legible —insisto en estas básicas virtudes porque son infrecuentes—, prefieren tal vez una renovación de la novelística del país, tan abatida por el melancólico influjo, por la mera verosimilitud sin invención, de los Payró y los Gálvez” (Borges, 1944: 78).

Esta *incredulidad* del joven Borges tuvo su mejor formulación (fue la última vez que lo dijo, al menos plenamente) en una muy trabajada frase de 1930:

Ignoro si la música sabe desesperar de la música y si el mármol del mármol, pero la literatura es un arte que sabe profetizar aquel tiempo en que habrá enmudecido, y encarnizarse con su propia virtud y enamorarse de su propia disolución y cortejar su fin (Borges, 1974, 205).²

Se trata de la vehemente incredulidad que ya figuraba en el prólogo a *Inquisiciones* (1925): “Yo no sé si hay literatura, pero yo sé que el barajar esa disciplina posible es una urgencia de mi ser” (Borges, 2004, 7).

Lo que encontramos en esa década de 1920, entonces, es un Rojas que estaba terminando de publicar su historia de la literatura argentina en cuatro tomos, pero un Rojas que en la “Introducción” se había preguntado si existía la literatura argentina. Al mismo tiempo (el cuarto tomo de Rojas se publicó en 1922) Borges se estaba iniciando y se preguntaba si había literatura. Dos preguntas aparentemente parecidas, y en realidad tan distintas. Como si Rojas y Borges, que podían cruzarse en cualquier calle de Buenos Aires, hubieran vivido en tiempos o mundos lejanos.

² La frase que en 1930 Borges agregó para cerrar “La supersticiosa ética del lector” (1931), versión corregida y aumentada de “El estilo y el tiempo” (1928).

Bibliografía

- » Balzac, Honoré de. 1843. [1837-1843]. *Illusions perdues*. París: Furne.
- » Borges, Jorge Luis. 2002 [1927]. “Alfonso Reyes. *Reloj de sol*”. *Síntesis* 1. Recogido en *El idioma de los argentinos* [1928]. Buenos Aires: Alianza.
- » Borges, Jorge Luis. 2004 [1925]. *Inquisiciones*. Buenos Aires: Alianza.
- » Borges, Jorge Luis. 2005 [1926]. “El tamaño de mi esperanza”. En *El tamaño de mi esperanza*. Madrid: Alianza.
- » Borges, Jorge Luis. 1931. “El estilo y el tiempo”. *Azul* 8, enero-febrero de 1931. [Recogido en *Discusión*, 1932, con el título “La supersticiosa ética del lector” y la fecha al pie 1930].
- » Borges, Jorge Luis. 1932. “Infinita perplejidad”. *Crítica*, 21 de septiembre.
- » Borges, Jorge Luis. 1932. [Respuesta a la encuesta] “¿Qué opina usted del lío del concurso nacional de literatura?”. *Crítica*, 29 de noviembre. Recogido en *Textos recobrados*. Buenos Aires: Emecé, 2001.
- » Borges, Jorge Luis. 1974. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.
- » Borges, Jorge Luis. 1986 [1937]. “Las ‘nuevas generaciones’ literarias”. *El Hogar*, 26 de febrero de 1937. Recogido en *Textos cautivos. Ensayos y reseñas en “El Hogar” (1936-1939)*. Buenos Aires: Tusquets.
- » Borges, Jorge Luis. 1944. “José Bianco: *Las ratas*”. *Sur* 111.
- » Darío, Rubén. 1918 [1905]. “Prólogo”. *Los raros*, vol. 6 de las *Obras Completas*. Madrid: Mundo Latino.
- » Rojas, Ricardo. 1917-1922. *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. Buenos Aires: Coni.
- » Sarmiento, Domingo F. 1886 [1849 y 1851]. *Obras de D.F. Sarmiento. Tomo V. Viajes por Europa, África i América. 1845-1847*. Santiago de Chile: Imprenta Gutenberg. Disponible en línea: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/viajes-en-europa-africa-i-america-1845-1847/html/ff3a4d5e-82b1-11df-acc7-002185ce6064_7.html#I_o_
- » Sarmiento, Domingo F. 2018 [1845]. *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas*. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación.
- » Sebrelli, Juan José. 1953. “Los ‘martinfierristas’: su tiempo y el nuestro”. *Contorno* 1.
- » Ugarte, Manuel. 2014 [1943]. *Escritores iberoamericanos del 1900*. En S. Pastormerlo (dir.) *Escenas de la vida literaria en Buenos Aires. Memorialistas culturales, 1870-1920*. La Plata: Malisia.